

Partido” del tema “Las Multitudes”, como homenaje a su padre. De esta manera, desde la Academia de Mérida hemos logrado el concurso de intelectuales de la ciudad en diversos tópicos, para dejar con ésta, tres obras: “Mérida Sostenible, una Ciudad para la Gente”, “El Paradigma de Mérida” y ahora éste “Pensar a Mérida”, que nos da nuevos bríos, para seguir buscando la productividad de los universitarios, hacia el progreso de una ciudad que queremos. Hoy cuando se promueve desde la Universidad y la Alcaldía del Libertador un Plan de desarrollo Local, estas obras que se han escrito no deberían descartarse de su consulta. Esperamos avanzar con nuevas propuestas editoriales hacia la ciudad de Mérida. Gracias a todos por venir.

DON ELOY DAVILA CELIS EN LA ACADEMIA A CIEN AÑOS DE SU NACIMIENTO 1911-2011. DR. CARLOS GUILLERMO CARDENAS, EL 27 DE JULIO DE 2011



Este acto, que enaltece la memoria de un hombre poco común en la historia de estas montañas y de esta ciudad, ya cuatricentésima quincuagésima segunda en aniversario, al honrar la memoria de un médico, que fue maestro eximio y ciudadano intachable, honra también a esta Academia de Mérida, que reúne a escritores, historiadores e investigadores que han dedicado la vida al desarrollo e impulso de las ciencias, las humanidades y el arte.

Bien está el homenaje que la Academia de Mérida ofrece al doctor Eloy Dávila Celis, in memóriam, que merece la gratitud regional y nacional. Su nacimiento ocurre cien años después de la publicación oficial del acta de la declaración de la Independencia, la víspera del 14 de julio de 1911.

Merideño por los cuatro costados, su familia enraizó en época de la colonia y de la gesta emancipadora. Sus padres don Eloy Dávila Paredes y doña María Luisa Celis Briceño constituyeron un hogar de ocho hijos, con don Eloy el primogénito. En el crepúsculo del trece o en el despuntar del catorce de julio de 1911, en una casona que disponía de un sólo reloj, nació hacia la media noche, época de convulsión mundial y de efervescencia en la Venezuela del benemérito.

La niñez, como el resto de su vida, transcurrió en la solariega casona de Las Tapias, la casa que construyó su bisabuelo paterno don Eloy Paredes, el rector guerrero, fundador de los estudios de Medicina en la Universidad de Mérida. La Hacienda Las Tapias fue de las primeras con cafetal y cañamolar de la meseta, perteneció a la Compañía de Jesús y a la Universidad de Los Andes. El entorno familiar le permitió una madurez emocional para afrontar el devenir postrero. El Instituto Jáuregui, fundado por el insigne educador doctor Florencio Ramírez, lo albergó para cursar la primaria, y el Liceo Libertador la secundaria. El título de bachiller lo obtuvo con la tesis “La distribución del vello como característica sexual”. Los primeros años de la carrera médica los cursó en la Universidad de Los Andes, institución a la que se vincularía por el resto de la vida, excepto un corto periodo, que la pasión política lo aventó de sus muros en un acto de injusticia que años más tarde la universidad reparó, parcialmente.

Como para la década treinta se cursaba en la universidad emeritense los primeros años de medicina, la carrera la culminó en la Universidad Central de Venezuela. Una beca concedida por el Ministerio de Instrucción Pública le permitió viajar a Caracas para culminar la carrera de medicina. Como externo primero e interno posteriormente en el Hospital José

María Vargas de Caracas, obtuvo diploma de honor en la materia de Clínica Médica, estudios que más tarde fundó y regentó como Cátedra de Clínica Médica en el Hospital Los Andes y en el Hospital Universitario de Los Andes, por varios lustros. De manos del rector Plácido Daniel Rodríguez Rivero, ilustre médico yaracuyano, obtuvo el título de Doctor en Ciencias Médicas, el 29 de septiembre de 1934.

El ejercicio profesional lo inició en el Valle del Mocotíes en los años 1935 y 1936. Tovar fue asiento de sus primeros escarceos de médico novel, tiempos aquellos de la medicina fundamentalmente clínica, pero también intuitiva. A Mérida retornó en el año 1938 para instalarse definitivamente en la “ciudad que levantada sobre un monte nunca puede estar escondida”, y reencontrarse con el antiguo Hospital Los Andes y con la Universidad de Los Andes, pues Mérida ya era una universidad con una ciudad por dentro.

En la vida académica incursionó en la década cuarenta. Expresó: “Yo me sentía muy ligado y comprometido con la Universidad y acepté la oportunidad de ser instructor. Me fui introduciendo en todo ese proceso que se inició ese año de reajustes y modificaciones en toda el área universitaria y fui entrando en la carrera docente y administrativa un poco por el

momento histórico y una cierta vocación. Además de profesor, participé de secretario de la Facultad de Medicina y en el año cuarenta y cuatro como decano de la misma Facultad”.

En el rectorado de Loynaz Páez fue designado por el ministro de educación García Arocha, vicerrector de la Universidad. En alguna oportunidad se le escuchó decir: “fui muy consecuente, claro, desde el punto de vista político, él tenía sus posiciones políticas y yo las mías”. Destituido por el ministro de educación del gobierno que surgió de la revolución de octubre de 1945, regresó a la cátedra de Clínica Médica que había fundado y regentado con anterioridad. En el año de 1949 el claustro profesoral lo elige rector de la Universidad de Los Andes, cargo que ocupó hasta 1951, cuando por decisión del gobierno nacional, es llevado al rectorado de la Universidad Central de Venezuela a partir del 11 de agosto. Tomó posesión el 2 de septiembre de 1951, cargo que hasta entonces había ejercido el doctor Julio de Armas. La rectoría de la Universidad Central fue efímera, pues las intrigas y protestas estudiantiles, no contra el rector andino que más bien se habían aplacado al asumir el rectorado, lo obligaron a renunciar a escasos 54 días.

Bajo su rectorado de la Universidad de Los Andes se designó una comisión, del más alto nivel, para estudiar el área de lo que

sería más tarde el Parque Nacional de la Sierra Nevada, integrada por expertos provenientes del viejo continente, todos profesores de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, quienes después de elaborar el informe correspondiente, plantearon las recomendaciones para la creación del Parque Nacional. Esta oportuna intervención e iniciativa rectoral le permitió a Mérida y al país, disponer de uno de los parques naturales más hermosos existente en la actualidad.

También se creó el Instituto de Investigaciones Médicas, adscrito a la Facultad de Medicina, instituto que se convertiría en el pionero de la investigación de la Facultad y de la Universidad. El primer artículo de investigación publicado en una revista científica de la calidad de *The American Journal of Physiology*, totalmente efectuado en nuestra universidad, apareció bajo su rectorado en enero de 1950. Su autor, el profesor Rosendo Carrasco Formiguera, español y discípulo del doctor Augusto Pi-Suñer, vino a Mérida en la década cuarenta, desempeñándose como investigador en la Cátedra de Fisiología, y el doctor Carlos Esteban Chalbaud Zerpa nos recuerda en su último libro *Historia de Mérida*, que el doctor Carrasco Formiguera realizó la primera práctica de esquí sobre nieve, junto con el doctor Eduardo Briese, en la explanada nevada de Pico Espejo.

En los dos años y medio que estuvo al frente del rectorado de la Universidad de Los Andes (marzo 1949-agosto 1951), se desarrolló la Escuela de Ingeniería Forestal creada en el año de 1948, la primera en la América Latina y la única de Venezuela; se adquirió el terreno del Stadium Municipal por un periodo de cinco años para fomentar el deporte universitario; se adquirió el terreno de La Corcovad en el Páramo Santo Domingo, para la Escuela de Ingeniería Forestal destinado a la conservación de los recursos naturales; con recursos propios de la Universidad se construyeron los locales de la Facultad de Ingeniería Civil; se creó la Biblioteca de la Facultad de Derecho; se contrataron profesores extranjeros; se creó la Dirección de Deportes; se fundó el Instituto de Anatomía Patológica; se creó la Escuela Politécnica de Laboratoristas que más tarde se transformó en Escuela de Bioanálisis; se creó el Orfeón y el Teatro universitario dirigidos por el profesor Luís Arconada; se aprobó el 29 de marzo como día de la Universidad y se decretó la creación del Parque Sierra Nevada en territorios de los Estados Mérida y Barinas.

Si como universitario ejerció el rectorado con sentido de grandeza y dignidad, como médico lo fue igual. Desde los inicios del viejo Hospital Los Andes el doctor Eloy Dávila Celis ejerció la medicina interna. Sus vínculos con el Hospital Los

Andes, construido entre 1930 y 1935, fueron tan estrechos que una fotografía de don Eloy reposó en el salón principal de la dirección del viejo instituto hospitalario durante años. La labor docente y asistencial del Hospital Los Andes, entre el 5 de febrero de 1936 hasta el año de 1973, cuando se trasladó al nuevo y moderno edificio del Hospital Universitario de Los Andes, estuvo entrelazado con los fundadores de las distintas cátedras clínicas y quirúrgicas, preámbulo de la medicina merideña actual. El doctor Dávila ejerció la dirección del viejo instituto hospitalario entre 1945 y 1946.

Al doctor Dávila le tocó vivir la transición entre la medicina eminentemente clínica y el preámbulo de la medicina basada en imágenes e instrumentos, la medicina basada en evidencias. Desarrolló la clínica. Tuvo lo que se denominaba “ojo clínico”, para identificar la enfermedad y su gravedad con la observación directa; fue la época de los tuberculosos y sifilíticos. Como cursante de 5º año de medicina, mi memoria está presente en la revista médica en la sala de medicina hombres, disertando el diagnóstico diferencial de la disnea de origen cardíaco y la de origen respiratorio. La conclusión diagnóstica final se acertaba, sin recurrir a procedimientos especiales, en más de un 85%.

El doctor José Humberto Ocaríz, el discípulo más antiguo del doctor Dávila, dice “fue un médico de amplios conocimientos y manos hábiles, con magnífico juicio para valorar los datos del interrogatorio y el examen físico, destacando lo fundamental para una buena orientación diagnóstica y terapéutica”.

La Junta Médica para analizar los casos complejos y difíciles, la célebre reunión anatomo-clínica con la participación del staff clínico-quirúrgico y la presencia del patólogo. El doctor Dávila rechazaba la “visión tubular de la medicina”, que profundiza el conocimiento de un área reducida pero sacrifica la globalidad e integración del acto médico, el sentido holístico de la medicina.

Propender a estimar en el hombre una parte es desarticularlo del conjunto armónico y coherente de su integridad. El ser humano es un ente pluridimensional y debe tratarse en toda la riqueza de su realidad. Esa plenitud, indesdoblable en parcialidades sin que el todo se mengue, constituye la armonía del cuerpo humano. El doctor Dávila Celis defendió esa concepción de la medicina.

Si la Universidad se dedica a formar al técnico, al perito, al ingeniero, o al médico, en el sentido estrecho de la concepción, no está formando al hombre. Apenas si logrará formar peritos

y técnicos. Allí estaba la tiesudez del doctor Dávila de graduar un médico con formación integral y humanística.

Reflexionemos con espíritu crítico, por un instante, a la luz de la tendencia actual de la subespecialización o la superespecialización prematura del médico novel al egresar del aula universitaria, si nuestra enseñanza actual cumple con las exigencias éticas de formar profesionales con conciencia. Se impone revisar nuestro estamento universitario, si cuando impartimos ciencias estamos también fraguando conciencias. Tal vez tendremos que concluir que no estamos cumpliendo cabalmente con este último propósito. Sería grave si la universidad es, en última instancia, causante, o contribuye como tal, a la crisis que sacude hoy día a la profesión médica y a todas las profesiones que nos doctoran. En la formación del hombre, a la universidad le compete una función fundamental e inexcusable. Ella debe difundir luz, sin olvidar que no sólo brota de la mirada microscópica de la ultra estructura celular, sino que se halla en su mayor plenitud en la génesis y formación de la vida. Ella debe difundir ideas y fomentar enseñanzas, pero sobre todo debe constituir la herramienta transcendental de devolverle al hombre su sueño y su esperanza de vivir.

Puede afirmarse con propiedad que el doctor Dávila fue el padre de la medicina clínica en Mérida, de las cátedras de Clínica Médica y Medicina Interna. De allí surgieron las cátedras clínicas subespecializadas de Nefrología, Neurología, Psiquiatría, Endocrinología, Neumonología y exploración funcional, Dermatología, Gastroenterología, Cardiología y Hematología, y con lo anterior, nacieron los postgrados clínicos del área médica.

Compartía el criterio que el médico debía tener una formación integral y humanista, una concepción holística de la medicina. Reclamó para la medicina interna la condición de la especialidad médica más integradora. Nunca se constituyó en obstáculo para que el personal de planta de medicina interna orientara su vocación hacia una de las subespecialidades clínicas.

“La gloria está en ser bueno y útil”, Simón Bolívar. Don Eloy lo fue en grado eximio. Su currículum de servicios prestados a Mérida y al país fue testimonio de la entrega y dedicación, que ejerció, con responsabilidad. Ciñó el birrete rectoral cuando la lozanía de la juventud acompaña la vitalidad corporal. La llegada del doctor Dávila al sillón rectoral del viejo Claustro de Santa Rosa de Lima, ocupada por catedráticos de larga

experiencia y años, no dejó de causar sorpresa y hasta admiración, cuando un profesor de una universidad provincial, un novel catedrático que apenas rozaba la cuarta década de vida, ocupara la rectoría de la Bicentenario Universidad de Santa Rosa de Lima. Al andino catedrático, de contextura espigada y elegante, idealista y soñador, parecía no ajustarle bien el solio rectoral solemne. Pronto se vio que quién allí llegaba, sin chocar contra una tradición de solemnidad bicentenario y sin rupturas estridentes, había dado demostración de equilibrio y ponderación a lo hora de tomar decisiones, para llevar en el justo término, las acciones que restituyeran la paz, tan necesaria para el desempeño académico. Había sembrado en el surco añejo, la semilla vivificante de los tiempos modernos. Pero la incompreensión y la abruptez del acontecer político, pusieron término prematuro a aquella experiencia prometedora en esperanzas que hubiese permitido una universidad fortalecida en su vitalidad y rejuvenecida en su energía creadora.

El rectorado de la Universidad Central lo asumió en una hora de confusión y de pasiones exacerbadas, cuando la institución universitaria parecía naufragar en el desorden y la indisciplina. La regia personalidad del doctor Dávila pareció llenar el vacío en la máxima casa de estudios caraqueña. Al percibir que los

grupos políticos, más que constituir factores de unidad y apoyo a una gestión que tenía a su favor los aciertos y resultados desempeñados en la Universidad de Los Andes, regresó a la ciudad nativa, para continuar, ahora para el resto de su existencia, dedicado a la más noble y humanística de las profesiones, la medicina. En este trayecto de su vida, tuvo valor de resistir la tentación de las ofertas y prebendas de los gobernantes de turno. Prefirió y así lo repitió en muchas ocasiones, ceñirse la vestimenta impoluta de médico, para consolar siempre, aliviar muchas y curar cuantas veces fuese posible.

Se dedicó por más de dos décadas a la enseñanza y al ejercicio médico, en las salas de medicina general de hombres y medicina general de mujeres, del vetusto Hospital Los Andes. Con una puntualidad anglosajona comenzaba la revista médica escuchando el resumen del caso clínico ingresado la víspera, o el parte evolutivo del paciente hospitalizado. Siempre respetuoso y humano en el trato hacia el paciente y al pasante interno, dejaba colar sus comentarios que siempre fueron disertaciones clínicas propias del clínico avezado. A media mañana se podía observar la figura esbelta y de bata blanca del doctor Dávila en el café de la esquina del hospital.

En el alba de la democracia, cuando la dictadura había fenecido después de una década de gestión, grande en obras de cemento pero estrecha en libertad y justicia, de nuevo la pasión política enceguecida aventó al doctor Dávila fuera de los muros de la institución universitaria.

Con la resignación ante el acontecer político del momento aceptó continuar como médico asistencial, por más de una década, como jefe de la sala de Medicina General de Hombres del Hospital Los Andes, ofreciendo su sapiencia y acumulada experiencia, como clínico de certero diagnóstico y oportuno tratamiento. Pero como el acto médico conlleva la función dual de asistencia al paciente y enseñanza al estudiante, funciones indivisibles y, a pesar de no formar parte del claustro universitario, su condición de maestro de la enseñanza clínica nunca la perdió. Fueron los años de los clínicos merideños, compartió con los doctores Néstor Febres Cordero, José Humberto Ocaríz, Remy Rada, Hugo Dávila Lamus, Albin Oplalinsky, Abdel Mario Fuenmayor, Arturo Paoli Briceño, Germán González, Domingo Baptista, Manfred Hartung, Alberto Noguera Ochoa, Enrique Mendoza, Alfonso Osuna Ceballos y George Inglessis Varela, sólo por mencionar la generación fundadora de las cátedras clínicas.

Al traspasar don Eloy el umbral de esta casona la Academia de Mérida, estará evocando los días inquietos de su adolescencia en las empedradas calles que le sirvieron de caminería. Recordará la figura egregia de don Tulio Febres Cordero, vecino de estas calles. Recordará al merideño más universal Mariano Picón Salas, vecino también, sólo unas cuadas ciudad abajo. Y recordará al gran Caracciolo Parra Pérez, fina pluma de las letras merideñas y nacionales y, hermano de su cuñado Abraham Parra Pérez.

Aquí queda para la posteridad el merideño, el médico y el profesor, que le sirvió a la ciudad y la región con la honestidad y la rectitud de un ciudadano probo; estrechamente vinculado a nuestra tierra, a nuestra sangre y a nuestro acontecer. Emparentado con la Mérida de sus días, hijo ligado a próceres con actuación épica de la conquista, de la colonia y de la constitución de la provincia de Mérida, como ciudad de letras y cultura. Por sus venas ya corría la sangre de hombres y mujeres de correcto proceder y ejemplar conducta. Un médico que hizo grande el juramento hipocrático y los principios que enarboló el prócer civil y médico José María Vargas.

Sus enseñanzas clínicas fueron ponderadas, sabias y juiciosas disertaciones, dignas del más exponente clínico de la época.

Nos enseñó la grandeza de la medicina, lo trascendental del humanismo y lo relevante de la academia. Ejerció la medicina con esmero, con generosidad y, por qué no afirmarlo, con misericordia. Un profesor que hizo de la cátedra universitaria, enseñanza de muchas generaciones médicas regadas en la geografía nacional.

Compartió la mesa con el campesino más modesto de la Morita y con el miembro más ilustre de la academia. En vida, dejó instrucciones para que todos los pisatarios de su fundo La Morita mantuvieran la garantía de perpetuidad de la propiedad parcelar, voluntad que fue respetada por sus hijos Eloy Antonio y Diego Fernando. Esto permitió que diez familias se beneficiaran directamente.

“Mérida, la ciudad más mediterránea de estos lados del trópico caribeño, la más refinada y tal vez la más autárquica” evocando al trujillano Miguel Ángel Burelli; que creó hace más de dos siglos su propia universidad y sus propios colegios; que se dio la primera constitución de la Provincia de Venezuela; que tuvo tempranamente una arquidiócesis y un seminario tridentino; que le construyó al general Simón Bolívar la primera estatua como Libertador, y así lo proclamó en su paso por la ciudad en aquellos años de mil ochocientos trece; la que con sus cuatro

ríos cantarinos -como no tiene otra ciudad del mundo- aprendió los versos de Garcilazo; esa Mérida, que sigue siendo una ciudad con una universidad por dentro, tuvo en don Eloy Dávila Celis, su más conspicuo merideño.

Gracias al presidente de la Academia de Mérida William Lobo Quintero, mi estimado amigo y compañero de columna La Universidad Siempre.

Gracias a los demás miembros de la junta directiva de la Academia.

Gracias al doctor y amigo Álvaro Sandía Briceño, expresidente de la Fundación de la Academia de Mérida, gracias por permitírseme el honor de presentar la semblanza del doctor Eloy Dávila Celis, a quién admiré intensamente y respeté con veneración.

Diego Dávila Spinetti, su hijo y mi compañero de estudios universitarios y, compañero de viaje en el mundo fascinante de la cardiología en estos ya no tan cortos años de vida, bien lo sabe. Gracias a todos por la paciencia de escucharme.

Gracias a Eloy Antonio, a quien su padre solía decirle: “El niño pirro, que como al abuelo Paredes, a la guerra yo quiero ir a pelear”.

Gracias por la escogencia para pronunciar estas palabras.

Gracias a todos ustedes, inmensas mil gracias...Señoras y señores...

DEVELACIÓN DE RETRATO DEL DR. PEDRO RINCÓN GUTIÉRREZ. DR. JULIAN AGUIRRE PE, INDIVIDUO DE NÚMERO, SILLÓN 23, EL DIA 30 DE NOVIEMBRE DE 2011

